

El camarero

FEDERICO ABAD

Estaba sentada de espaldas a la puerta, por eso no vi entrar al hombre que se acercó a la mesa pidiendo algo de dinero para comer. Su delgadez era alarmante, parecía estar débil y me resultó desagradable la forma en que el camarero le ordenó salir del establecimiento. Acto seguido mi novio hizo un comentario sobre su aspecto, que según él no dejaba dudas en cuanto a su adicción al alcohol. Quizá no fue demasiado cruel en la forma de decirlo, pero no pude evitar sentirme molesta por su trasfondo.

Después de cenar fuimos al cine, donde ponían una comedia romántica. La protagonista, una muchacha de clase humilde que trabajaba como dependienta, acababa casándose con un cliente tan guapo como adinerado. La película me resultó más entretenida que a mi pareja, aunque al salir a la calle sentí que abandonaba un sueño para regresar a la realidad: la de inmigrantes africanos volviendo a abrir sus mantas después de pasar la policía, la de chicas jovencísimas apoyadas contra la pared a la espera de un cliente ni guapo ni adinerado.

Bajamos a la estación de metro para regresar a nuestro barrio, y en el andén vimos de nuevo al mendigo. Bien es verdad que en esta ocasión no iba pidiendo dinero, porque los guardianes del metro son muy estrictos. Según anunciaba el rótulo luminoso el tren tardaría tres minutos, así que tomamos asiento.

Casi a continuación cruzó ante nosotros el camarero del restaurante cargado con una bolsa voluminosa. Miró a un lado y a otro, y cuando advirtió la presencia del mendigo se dirigió hacia él. Temimos lo peor. Sin embargo las breves frases que se cruzaron tenían un tono distinto.

—Bueno, Pepe, ha habido suerte —dijo el camarero—. Hoy han sobrado en la cocina unas cuantas raciones. Espero que te puedas apañar.

—Eres un fenómeno, Luis. Mi mujer y mi nieta se van a poner la mar de contentas.

—Oye, perdóname lo burro que me he puesto esta noche. Es que al jefe le ha dado por hacernos una visita. Tenía invitados y estaba en la mesa del fondo, y como el contrato me vence dentro de unos días...

—Coño, Luis, solo faltaba que te disculparas. Yo sé de sobra lo que es eso, hombre.

El tren asomaba por el túnel en ese instante. El camarero avanzó unos pasos.

—Estoy deseando llegar a casa. Doce horas llevo currando, que se dice pronto. Bueno, nos vemos. ¡Ah!, se me olvidaba —sacó del bolsillo un par de cajetillas de tabaco—. Toma, fúmatelos a mi salud.

El camarero aparece incluido en el volumen *Miradas sin fronteras 2016. Proyecto Empathy*. Ediciones en Huida, 2016. Col. Ediciones en Huida Solidaria